

poder para recompensar á una simple criatura. Pero, porque Maria, además de ser la más fiel de las criaturas, era la Madre de Dios, este grado de beatificación superior solamente á todas las criaturas no era ya suficiente para ella; y hé aquí por lo que Dios le acordó, en beatificación, absolutamente todo lo que podia conceder. De tal suerte, que Maria no es solamente la más feliz de las criaturas, sino que es la más dichosa de las que Dios puede hacer, y no podría hacer una que fuéase más feliz que ella.

Que esta soberanía de beatificación en Maria no nos asombre; es lo contrario, si existiera, que seria motivo para asombrarnos. Admitiríase, en efecto, que pudiéase Dios medir la dicha á su Madre, y no darle, en esto cómo en todo lo demás, todo lo que puede darle? En este caso, habria hecho el corazón del hombre mejor que el suyo, puesto que no hay hijo bien nacido que créa haber hecho bastante por su madre, mientras que no haga por ella todo lo que puede hacer.

*Conclusion.* — La más gloriosa de las criaturas en su cuerpo, la más feliz de las criaturas en su alma, hé aquí lo que es en el cielo la Santísima Virgen, hé aquí lo que constituye el estado en que se encuentra. Su cuerpo es glorificado más que no lo serán nunca los cuerpos de los santos, tanto porque há tenido su parte en los actos meritorios de la más perfecta de las almas, cómo porque há servido de estancia al Hijo de Dios hecho hombre, y que há suministrado los elementos de los cuáles há sido formado su cuerpo. Por su parte, el alma de la Santísima Virgen disfruta de toda la felicidad que Dios puede dar á una criatura, porque le há servido con una fidelidad sin igual, y, sobre todo, porque Dios no podia tratar á su Madre menos favorablemente. Felicitemos pues, cristianos, á esta Augusta Virgen, que es también nuestra madre, por su gloria y su felicidad. Pero acordémosnos, al propio tiempo, cómo há llegado, en lo que dependia de ella, á la una y á la otra, á saber, asociando su cuerpo, todas las veces que esto era posible, á los actos virtuosos de su alma, y sirviendo á Dios con una fideli-

dad que no está nunca desmentida. Imitémosla por consiguiente en esto, y participaremos un día, en la medida del bien que habremos hecho, de su gloria y de su felicidad. Así sea.

---

## FIESTA DE LA ASUNCION DE LA B. V. MARIA

### CUARTA INSTRUCCION

#### Ocupacion de Maria en el cielo.

• Alaba á Dios. — II. Alegra á los angeles y santos. — III. Ruega por nosotros.

Maria, en este día, deja la tierra para volver á Dios. Y si todas las separaciones son penosas y dolorosas, la de la muerte es particularmente cruel, sobre todo cuándo se trata de la muerte de una madre. De dónde viene, cristianos, que la muerte de Maria, la mejor y más tierna de las madres seguramente, en lugar de provocar nuestras lagrimas, no hace más que excitar nuestra alegría? Esto viene de que sabemos, no solamente adonde vá Maria, es decir al cielo, sino también lo que vá á hacer. Nada, en efecto, es más propio para llenarnos de alegría cómo la vista de las ocupaciones de Maria en el cielo. Es por lo que os convido esta mañana á este espectáculo en dónde veremos que Maria, en el cielo, en primer lugar alaba á Dios; en segundo, alegra á los angeles y santos, y en tercer lugar, ruega por nosotros.

I. — *Maria, en el cielo, alaba á Dios.* — Cuando estaba en la tierra, no alababa Maria á Dios sin cesar? Y los angeles así cómo los Santos que están en el cielo, no celebran igualmente á Dios sin jamás suspender sus alabanzas? Si, es perfectamente cierto que Maria, desde el primer instante de su nacimiento hasta el ultimo suspiro, no há cesado un solo momento de alabar á Dios. Y en cuánto á los angeles y á los santos, es igualmente ciertísimo que sus alabanzas á Dios son sin interrupcion. Qué es preciso, por consiguiente, entender de particular, cuándo decimos que la primera

ocupacion de Maria, en el cielo, es la de alabar á Dios? Es necesario entender que ella, en el cielo, alaba á Dios de una manera más perfecta que no lo hacen los angeles y los santos, más perfecta que no lo hacia en la tierra.

Que Maria, en el cielo, alabe, á Dios de una manera más perfecta que no lo hacen los angeles y los santos, es imposible ponerlo en duda. Qué es, en efecto, alabar á una persona ó una cosa? es, evidentemente, celebrar y exaltar sus cualidades. Pero, para celebrar y ensalzar las cualidades de una persona ó de una cosa, es necesario, con no menos evidencia, conocer estas cualidades, y áquel las alabará de una manera tanto más perfecta, cuánto mejor las conocerá. Y lo mismo sucede aquí con Dios cómo con las personas y cosas: mejor se conoce su ser, sus perfecciones y sus excelencias, más se le alaba. Y hé aquí porque Maria, en el cielo, ensalza á Dios de una manera más perfecta que los angeles y los santos, es decir, porque conoce mejor que todos ellos juntos su esencia y sus perfecciones. Ninguna criatura, efectivamente, há recibido nunca sobre Dios tantas luces, cómo Maria, aun en el tiempo que estaba en la tierra. Es tambien una de las razones por las cuáles Dios la há dejado tanto en este mundo, despues de la Ascension al cielo de su divino Hijo. Aunque iluminados por el Espiritu Santo, los apóstoles no dejaban de tener tambien necesidad de los conocimientos de Maria; conocimientos que tenia de Jesus, durante los treinta años que habia vivido en su intimidad. La tradicion nos enseña que ellos iban á consultarla en sus dudas, y que se las resolvía. Convenia á la dignidad de la Madre de Dios que fué así; porque no se concebiria que Dios no hubiése dado más luces sobre él mismo á su Madre que á sus servidores. Hubiése sido rebajar este gran titulo, que en todas las demás circunstancias él se há complacido en ensalzar por tan insignes privilegios. Si, pues, Maria, en el tiempo mismo que estaba en la tierra, conocia ya mejor á Dios que los angeles y los santos; cómo no le conocerá todavia mucho mejor que ellos, ahora que está en el cielo! Y si le conoce mejor que ellos, es evidente que tambien puede más perfec-

tamente alabarle, séa con sus pensamientos, séa con sus palabras, puesto que está en el cielo en cuerpo y en alma.

Maria, en el cielo, hémos añadido, alaba á Dios de una manera más perfecta que no lo hacia en la tierra. Y esto tambien es evidente. Porque há sucedido á Maria lo que acontece á todos los santos. Es decir que, para ella tambien, la muerte há sido una grande revelacion. En efecto, cuando se há encontrado delante de Dios en el cielo, y que lo há visto sin velo, há descubierto en él todo un oceano de bellezas, de perfecciones y de armonias que no habia jamás sospechado. Cuál no debió ser entonces su alborozo! Y tambien, cuáles no debieron ser sus trasportes de admiracion! Pero, al mismo tiempo, quién dirá las alabanzas, las glorificaciones que brotaron de su corazon! Nò, nunca hasta entonces Dios se habia revelado tanto á las miradas de una simple criatura. Así, jamás tampoco habia recibido de una criatura una alabanza más digna de él. Esta alabanza era tan perfecta, que no debia nunca tampoco recibir una que lo fué más. Era por otra parte él mismo quién se la habia preparado, y se la habia preparado como debiendo, no solamente igualar á todas las alabanzas de las demás criaturas réunidas, sinó todavia sobrepujarlas, porque era la alabanza suprema que él habia resuelto recibir de las criaturas. Pues bien, esta alabanza suprema que la Santisima Virgen há comenzado á ofrecer á Dios en el dia de su Asuncion, continua y continuará durante todos los siglos; porque verá, durante todos los siglos, las perfecciones divinas, de una manera más completa que todas las demás criaturas réunidas.

II. — *Maria, en el cielo, alegre á los angeles y santos.* — Dos cosas, en Maria, alegran á los angeles y santos: la consideracion de lo que Dios la há hecho, y la contemplacion de la santidad á que há sido elevada.

En primer lugar, la consideracion de lo que Dios la há hecho. Ciertamente, todo lo que Dios há hecho es admirable, y no hay ninguna de sus obras cuya contemplacion no nos procure placer. A nuestros pies, el espectáculo de la naturaleza, en cualquier estacion

que se le considere, es maravilloso, y los ojos no tienen menor placer en verlo que el espíritu en meditarlo. Sobre nuestras cabezas, quién puede contemplar los espacios que se desenvuelven al infinito, con su adorno de astros y de estrellas, sin sentir una suerte de admiración beatífica? Y sin embargo, no hay aquí más que un lugar de destierro, en donde el hombre ha sido relegado para expiar su insubordinación. Cuánto más hermoso debía ser el Eden, que el Espíritu Santo llama una mansión de delicias, cuando el lugar en que habitamos es calificado por la Iglesia de *valle delágrimas!* No obstante el Eden mismo no era todavía más que una creación accesoria, destinada á perecer, cómo el resto del universo, al final de los tiempos, cuando Dios hará *nuevos cielos y una nueva tierra*<sup>1</sup>. En donde Dios ha puesto una belleza mayor y más próxima á la suya, es en las almas. Santa Teresa dice que esta belleza es de tal manera admirable que, si pudiéramos ver un alma con los ojos de nuestro cuerpo, moriríamos de placer. Pero, si la contemplación de un alma ordinaria puede producir una impresión semejante de felicidad, qué decir de la contemplación del alma de la Santísima Virgen, la obra modelo de Dios, adornada por él con sus más raros y más preciosos dones! Nó, el cielo, que contiene tantas asombrosas maravillas, no posee nada que, después de Dios, iguale á María; porque en ella Dios ha agotado la fuerza de su brazo, no pudiendo hacer nada más bello que su Madre, Cuál no debe ser la alegría de los ángeles y de los santos, al contemplar ese prodigio de gracia y de perfección de las manos de Dios! Y cuánto una contemplación semejante no debe hacerles admirar más al mismo Dios!

Pero los ángeles y los santos no se alegran solamente, en María, por la contemplación de lo que Dios ha hecho en ella; están contentos también al ver el empleo dado á los dones de Dios. Ninguna criatura, en efecto, ha sido tan fiel á Dios cómo María; ninguna ha entrado tan bien en sus designios; ninguna ha tenido

1. II. Petro III. 13.

tanta estimación de sus favores; ninguna ha sabido hacer fructificar tanto sus gracias. No solamente todos sus actos han sido buenos, sino excelentes. Han sido también ejecutados con una perfección tan grande, que no le hubiese sido posible hacerlos mejor. Así su santidad ha alcanzado un grado inconcebible á todo espíritu creado. San Agustín afirma que ella misma no podría aun tener una idea aproximada. De igual manera, el tesoro de sus méritos se ha aumentado, en cierto modo, hasta el infinito: porque, desde el primer instante en que ella ha gozado de bastante razón para obrar, hasta su último suspiro, los ha acumulado sin descanso y sin medida<sup>1</sup>. Y hé aquí, porque los ángeles y los

1. Todo acto hecho por la Santa Virgen doblaba sus méritos: si tuvo un grado de gracia en el primer acto, tuvo dos grados en el segundo, cuatro en el tercero, ocho en el cuarto, diez y seis en el quinto, treinta y dos en el sexto, y así la continuación. Tal es la enseñanza de Suárez, disp. 48, sec. 4, y del común de los doctores. — Esta doctrina es la consecuencia de los dos principios siguientes: 1º Parece indudable que un acto bueno produce una gracia igual al acto mismo: colocais un acto que tiene cuatro grados de fervor y de intensidad, merecis y obteneis al momento cuatro grados de gracia habitual; si vuestro acto cuenta cien grados de fervor, produce cien grados de gracia. Porque el acto el más indiferente, mientras que permanece bueno, merece una aumentación de santidad; todo acto, por consiguiente, es meritorio según toda su latitud, que no obtiene siempre, por la negligencia y el abandono del agente: mi gracia santificante vale cien: si yo produzco un acto que no tiene más que dos grados de fervor, no aumenta mi gracia más que en dos grados; pero hubiera podido aumentarla en ciento, doblarla, si hubiese sido producido según toda la fuerza ó extensión de los hábitos de fé y de caridad puestos por Dios en mi corazón. 2º No es menos cierto que María obraba siempre según toda la fuerza y toda la virtud de la gracia y del hábito que había en ella; no se puede suponer en María ni negligencia, ni abandono. — Sentados estos principios, nada más evidente que nuestra tesis, á saber, que la santidad de María era doblada por cada uno de sus actos. Porque por un lado, una gracia que obra, según toda su energía, llama una gracia igual, y por

santos, que saben cuán difícil es santificarse, y todo lo que cuesta para no ganar más que debiles meritos, no pueden considerar á

consiguiente se dobla ella misma ; por otro lado, la gracia de Maria fué siempre activa, y siempre activa segun todo su poder : por consiguiente si evaluamos la gracia habitual de Maria, en un momento dado, en cien grados, el acto de amor que siguió añadió cien grados nuevos ; el segundo acto, producido por un habito de doscientos, valia doscientos, el tercero, producido por cuatrocientos valia tambien cuatrocientos, y llevaba la suma de santidad á ochocientos grados. — Venid, pues, matematicos, contád, poned cifras y cifras, vuestra ciencia terminará pronto. — El P. d'Argentan há ensayado este calculo, 12. Confer. art. 4. Supone que el punto de partida de la santidad de Maria fué la santidad consumada de un serafin, de lo más elevado de los espíritus celestes. No se puede dar menos á Maria ; preciso es reconocerla, aun en su concepcion, una gracia por lo menos igual á la del primero de los angeles en su perfeccion : porque, desde su concepcion, estaba destinada á la maternidad divina, y no se puede admitir que la Madre de Dios haya sido un solo instante, menos santa, menos perfecta, menos agradable á Dios, que otra criatura. Por consiguiente, Maria, en su primer instante, estaba por lo menos á la altura de los serafines en gracia y en amor ; produce al momento su primer acto de amor, cómo es un deber, dice Santo Tomás, para toda criatura que alcanza el uso de razon : hé aqui su gracia doblada, y dos veces igual á la del más sublime serafin. Despues los actos se multiplicaron. Dios solamente conoce el numero ; supongámos que Maria hiciése un acto por día, uno solo : la suposicion es muy modesta, puesto que Maria habria permanecido veinte y cuatro horas sin adelantar un paso. En el segundo día, ella tenia por consiguiente dos veces tantas gracias y amor cómo el primero de los serafines ; en el tercer día, cuatro veces otras tantas ; en el cuarto, ocho veces ; en el octavo, ciento veinte y ocho veces. Al cabo de un més, en treinta dias, ella sobrepujaba al serafin, cuántas veces ? Mil seiscientas cuarenta y dos millones, sesenta y ocho mil doscientas sesenta y dos veces ! Despues de dos años, éstos grados de amor y gracia estaban multiplicados muy por encima de los granos de arena de las costas del mar ; despues de diez años, sobre los granos de arena que seria preciso para llenar el espacio desde el centro de la tierra hasta el firmamento.

Maria sin sentir, al ver lo que ella há hecho y lo que há merecido, los más vivos sentimientos de admiracion y de alegria.

Es así como Maria es para ellos, segun la expresion de un Padre de la Iglesia, cómo un cielo animado, en el cuál vén todo á la vez, yá lo que Dios há hecho de más hermoso, yá lo que una criatura há réalizado de más difícil y de más glorioso. Este espectáculo no puede, en efecto, más que encantarles, añadiendo á su felicidad por ver á Dios, la alegria de contemplar á su Madre y su reina <sup>1</sup>.

Y esta progresion inmensa no duró diez años, sínó más de sesenta años ! Y Maria no produjo un acto por día, sínó cuarenta, cincuenta, quizás ciento, quizás mil ! (Petitalot, La Virgen Madre, c. 16, nº 4).

1. Virgo hodie gloriosa cœlos ascendens, supernorum gaudia civium copiosis sine dubio cumulavit augmentis. Hæc enim, cujus salutationis vox et ipsos exsultare facit in gaudio, quos materna adhuc viscera claudunt. Quod si parvuli necdum nati anima liquefacta est ut Maria locuta est : quid putamus quænam illa fuerit cœlestium exsultatio, cum et vocem audire, et videre faciem, et beata ejus frui præsentia meruerunt ? (S. BERN. *serm.* 1. *in assumpt. B. M. V.*) El cristiano puede considerar las alabanzas y las bendiciones que dieron á Maria todos los coros de los angeles, y todos los ordenes de santos que ella atravesó sucesivamente, al élevarse al más alto de los cielos. Puede considerar, en particular, las aclamaciones de los patriarcas que la habian pedido con tanta instancia ; de los profetas que la habian tán claramente anunciado ; de los apóstoles que la habian precedido en la mansion de la gloria ; de los varones apostolicos que habian predicado con tanto celo su maternidad divina ; de los martires que habian yá vertido su sangre por el honor de su Hijo ; de la virgenes que habian imitado su inocencia y su pureza virginal, en una palabra, de todas las almas bienaventuradas que la miraban cómo la Madre de su Libertador, cómo el origen de su salvacion, la reparadora de sus caidas, y la puerta por la cuál habian entrado en el reino de los cielos. Puede considerar tambien cuál fué la admiracion de los serafines, viendola tán penetrada por las llamas del amor divino ; el asombro de los querubines, que advertian en ella una luz infinitamente más perfecta y más penetrante que

III. — *Por ultimo Maria, en el cielo, ruega por nosotros.* — Seguramente, mientras que permaneció en la tierra, Maria rogó con muy grande ardor por todos los que se encontraban en alguna necesidad, y principalmente por los pecadores. Su celo por la gloria de Dios y su tierna compasión por los desgraciados hacian continuamente subir sus suplicas hasta el trono de Dios<sup>1</sup>. Sin embargo, no se podria negar, la Asuncion de Maria al cielo no nos há sido menos ventajosa, que lo há sido á Dios, á los angeles y á los santos; porque, á partir de este dia, há conocido mejor nuestras necesidades y há llegado á ser más poderosa para asistirnos<sup>2</sup>.

la suya; la veneracion de los tronos que la reconocian por el arca viva en dónde la Santa Trinidad descansa de una manera mucho más augusta y más excelente que en ellos mismos. Qué más diré? Todos los espíritus celestes, sabiendo que venia á añadir un nuevo brillo al paraíso, y que por ella debian sér llenados todos los vacios que la insubordinacion de Lucifer habia hecho en los rangos celestes, se postraron ante ella, la reconocieron por su reina y su soberana, la tributaron homenajes personales, y se consagraron enteramente á ella, para cantar para siempre sus alabanzas y para obedecer á todas sus voluntades. (Gosselin, *Instr. sobre las fiestas*. Sobre la fiesta de la Asuncion).

1. Quién es lo que nos lleva á querer el bien de nuestros semejantes? Es la caridad. Cualquiera que no ama á sus semejantes, no podrá quererles el bien, todavia menos hacerselo; pero más se ama á su prójimo, más se tiene la voluntad de serle util. Y qué criatura há tenido nunca por los hombres más caridad que la Santísima Virgen? Ella los há amado, para decirlo con una sola palabra, hasta sacrificar por su felicidad á su unico Hijo. Dios mismo no há hecho más por amor hacia los hombres; no há hecho tambien más que sacrificar por su salvacion á su Hijo unico. Juzgád por éso, si lo podeis, cuán grande é intensa es la voluntad de Maria para asistirnos en nuestras necesidades. (P. d'Hauterive, *Gr. Catec. de Perseverancia cristian.* 3, p. 2. sec. lec. 17, nº 41).

2. Angeli et homines de assumptione B. V. gaudere debent. *Assumpta est Maria in cælum, gaudent angeli.* Ante omnia hodiernæ diei lætitia,

La Santísima Virgen conoce mejor nuestras necesidades desde que está en el cielo. Es, efectivamente, la enseñanza comun de los

exigit, ut sanctissimæ Virgini sublimissimam dignitatem gratulemur, qua tanquam divini Patris Filia, divini Filii Mater, divini Spiritus Sponsa in cælos assumpta, usque ad solium divinissimæ Trinitatis exaltata et coronata est. Laudetur gloriosissima cæli terræque Regina! Deinde duplex se quæstio offert: 1º Cur Ecclesia dicat, gaudere angelos, quæ causa hujus gaudii? 2º An homini in terris de assumptione Virginis tristandum potius vel gaudendum sit? Dilucidemus utramque quæstionem. — Respondeo ad primam: Omnes angelorum chori de assumptione gloriosæ Virginis lætantur, et exultant; quia jam propinquiore famulatu Dominæ ac Reginae suæ obsequia sua deferre, simulque confidentius sperare possunt, ruinam angelicæ suæ dignitati rebellionem Luciferi causatam tanto citius securiusque reparatum iri. Sed quomodo, qua de causa? Devotissimus Gerson docet, quod Christus Dominus amantissimæ Matri suæ hodie in cælos assumptæ, ac coronatæ dimidiam regni sui, quod in misericordia et justitia consistit, partem cesserit, et reversata sibi justitia misericordiam Mariæ administrandam dederit. Quod ni ergo ss. angeli tutelares operent, clientes suos jam per misericordiæ Matrem salutem suam in cælis facilius, expeditius que consecuturos, et sit numerum angelorum citius complendum esse; nimis enim certum est, multos hodie arsueros in inferno, nisi Mariæ misericordia fuissent salvati. Ecce! hæc lætitia angelorum. Etc. — Respondeo jam ad alteram quæstionem, an humano generi hodie tristandum potius quam gaudendum sit? Sine dubio, tristior jactura accidere mundo non potuit, quam cum Dei Matrem, unicum in adversis solatium amisit. Verum respirate, afflicti! Maria quidem oculos hodie per mortem claudit, sed cor illius pro nobis vigilat. Quamvis Mariæ misericordia sit a nobis remotior, tamen simul est potentior! Ideo dicitur, *pulchra ut luna, electa ut sol*, quia sicut ejus misericordia antea in terris fuit defectuosa ut luna, jam in cælis est perfectissima ut sol. Sperate, justi, in tribulationibus vestris. Sperate, peccatores, in angustiis vestris. Maria obiit, non abiit. Proximior facta Deo, crevit in potestate, et voluntate nobis succurrendi. Audite Bernardum: « Non deest Mariæ potestas, quia Mater Omnipotentis. Non deest impetrandi facultas, quia Mater est Sapientis. Non deest juvandi